

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO IX. — NÚM. 425

Madrid, 15 de Marzo de 1928

PRECIO: 15 CÉNTS.

TEMAS DE CUARESMA

— ¿ORACIÓN O REZO? —

LA historia de la Humanidad testifica esta verdad inconcusa: en todos los tiempos el hombre ha sentido la necesidad de acercarse a la divinidad, para

ganar su simpatía y obtener mercedes, o para algo más noble y profundo: entrar en comunión con la misma fuente de la vida espiritual.

Nuestro Señor Jesucristo, en el sermón del Monte, reconoce esta necesidad íntima del corazón de los hombres, y amonesta a los suyos para que, al cumplirla, eviten el escollo en que caen los *gentiles* y apliquen con seguridad el método que Él mismo practicaba.

Los *gentiles* personifican a todos los que no conocen a Dios tal y como nos le reveló su bendito Hijo. Como no le han conocido cual Padre amoroso, no tienen el santo atrevimiento de sus hijos, antes por el contrario, el temor de los siervos es su característica. No encontrando en Dios motivos de amor, sus corazones permanecen secos en su presencia, y los labios permanecerían mudos, si en tan triste estado espiritual no se valieran del *rezo* cual método que simplifica la devoción.

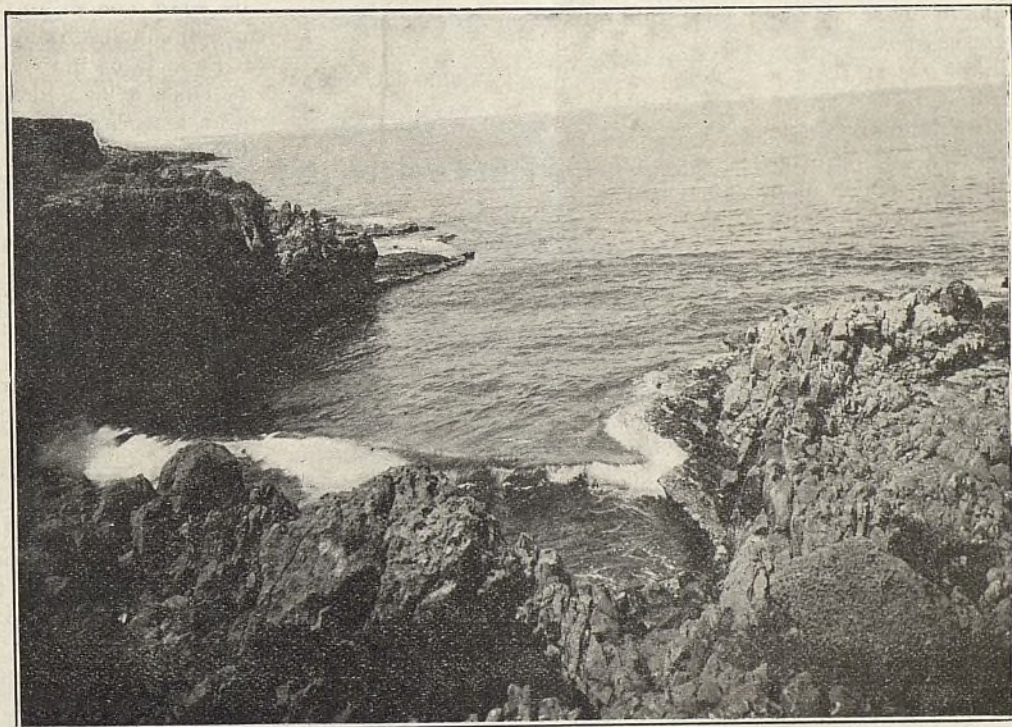
El rezo se caracteriza por la *repetición* de ciertas fórmulas, a las que se atribuye una segura virtud mágica para ganar la simpatía de la Divinidad. La inteligencia tiene bien poco que hacer en este ejercicio religioso. Es la fórmula en sí misma lo que posee la virtud, y, por tanto, el

adorador no repara en si entiende o no lo que dice, ya sea en lengua desconocida o en la propia, ni en que sea ilógico el dirigirse a un santo, por ejemplo, con el

y que así cumplen con la Divinidad. La repetición hasta el infinito de las fórmulas, que no dicta el propio corazón, es para ellos la tabla de salvación a que se

acogen; pero, ¡cuán dura debe ser esa tarea cuando avinagra hasta el rostro de los que a menudo se entregan a ella! El pueblo, siempre filósofo observador, al ver a uno con cara de pocos amigos, que exterioriza su disgusto gruñendo o refunfuñando, le interroga, diciendo, ¿qué estás rezando?

En verdad que los paganos chinos e indios han sido más listos al *inventar* sus ingeniosos molinillos rezadores, con los cuales se ven libres de



LAS TIERRAS BÍBLICAS EN NUESTROS DÍAS (Fot. Boyer.)
Camino de Tiro a Sidón. Sitio donde, según la leyenda, Jonás fué arrojado por el gran pez.

Avemaria, o a una santa con el *Padre-nuestro*.

En una catedral, que conocemos bien, existe un cuadro con la imagen de un santo, debajo del cual hay una leyenda, ofreciendo trescientos ochenta días de indulgencia a quien rece con devoción, delante del mismo, un *Padrenuestro* y un *Avemaria*. . . Ofertas de esta clase no son difíciles de encontrar; el lector podrá añadir aquí ejemplos en abundancia, sin olvidar, por supuesto, el *rosario*, que inventó Santo Domingo o que plagió de los musulmanes.

El rezo implica una pobre idea de Dios, y su efecto en el carácter es siempre deprimente. Los rezadores no conocen a Dios; pero, sintiendo que algo le deben, «piensan que por su parlería serán oídos»

tarea tan abrumadora. . .

Pero el Señor Jesús nos enseñó un camino mucho más excelente para acercarnos a Dios. Nos le reveló como nuestro Padre celestial, y nos dijo «que de tal manera amó al mundo, que dió a su Hijo Unigénito para que todo aquél que en Él cree no se pierda; mas tenga vida eterna», y añadió, con lógica insuperable: «si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará buenas cosas a los que le piden?»

Tres son las principales condiciones que debe llenar el que desee orar, según la voluntad del Señor, y sin las cuales la oración perderá toda su eficacia.

Primeramente, debe poder decir a Dios: *Padre*. . . Aunque Dios ama a todas sus

criaturas, el pecado impide al hombre acercarse al que es tres veces santo. Es preciso, pues, arrepentirse de haberle ofendido y aceptar, por la fe, la obra que Cristo, como cordero de Dios, realizó en nuestro favor. Entonces se efectúa el milagro de la gracia, que el Señor Jesús llama «el nuevo nacimiento», y para confirmar el cual el mismo Espíritu de Dios testifica, a nuestro espíritu, *que somos hijos de Dios*; y aún más, sabemos que el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos indecibles (Rom., VIII, versículos 16, 26). Las antiguas fórmulas, los rezos del viejo paganismo serían, en tal situación, un insulto en los oídos del Padre celestial; por tanto, «no seáis semejantes a ellos». ¿A qué hijo se le ocurriría ir a saludar a su padre o pedirle algo, repitiendo palabras aprendidas de otro? Aun las más bellas e inspiradas oraciones, que nos conserva la literatura cristiana, serán un mal si nos impiden la santa confianza que debe existir entre Dios y nosotros. El Padre quiere oír la voz auténtica y reverente de sus hijos.

En segundo lugar, el que se llega a Dios en oración debe hacerlo con un corazón *perdonador*. Las palabras de Cristo son claras y contundentes: «Cuando estuviereis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que vuestro Padre que está en los cielos os perdone también a vosotros vuestras ofensas. Porque si vosotros no perdonareis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas.» (Marcos, XI, versículos 25 y 26.) El hijo debe parecerse al padre. Si Dios nos ha perdonado tanto en Cristo, ¿qué mucho que exija de nosotros igual espíritu perdonador? Recordemos el ejemplo y la enseñanza de nuestro Redentor; no olvidemos que «si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de Él», y, por tanto, no puede orar «en su nombre», ni hacer suyas las promesas gloriosas que acompañan a la oración en el Espíritu de Cristo (Mat., XXI, 22; XVIII, versículos 19 y 20; Juan, XVI, 24, etc.). Un alma dispuesta a perdonar mucho, está en las mejores condiciones para apreciar dignamente lo que es la fraternidad cristiana, que nos hace sentirnos miembros de la gran familia de Dios extendida sobre toda la tierra.

Finalmente, el que se llega a Dios en oración, debe sentirse dispuesto a *servirle* en todo. Cuando, inflamados en la caridad de Cristo, pedimos a Dios que socorra al prójimo, a menudo la respuesta divina se apodera de nosotros con un imperativo irresistible: «Hazlo tú», y de este modo la oración ferviente es el móvil de todo lo más noble y grande que por amor a Él están realizando los hijos de Dios en el mundo entero.

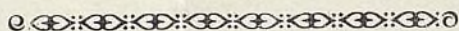
El servir al prójimo de esta manera, no es sólo una consecuencia bendita de la oración, sino algo infinitamente más grande: es servir a Cristo mismo. «A Mí lo hicisteis» (Mat., XXV, 40). El trabajo más desagradable o insignificante puede au-

reolarse con su presencia y dignificarse hasta lo sumo *como hecho para Él*.

¡Cuán lejos está todo esto del rezo de los gentiles!

La oración es la vida del espíritu, desenvolviéndose en la presencia de Dios. El rezo implica que tal vida no existe y que quiere suplantársela con algo ficticio y anormal. Aprendiendo a orar en el Espíritu del Señor, la vida se transforma y se hace incalculablemente útil. Si repasamos la historia de la Iglesia de Dios y nos fijamos en las más nobles figuras que la adornan, podremos observar que todas fueron hombres o mujeres de oración. Si nosotros mismos queremos realizar algo que valga la pena; si queremos servir a Dios en nuestra generación, la condición a llenar, una vez convertidos de veras al Señor, es aprender a orar como Él lo hacía. A solas con el Padre recibiremos el poder para ser útiles a nuestros semejantes y para glorificar, con nuestras vidas, «al que nos amó y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre».

PATRICIO GÓMEZ.



NOSTALGIA

*Un cántico de amor y de esperanza
hierve en mi ardiente pecho;
a Ti, Señor, mi espíritu lo lanza
en lágrimas deshecho.*
*A las flores el llanto de la aurora
da vida en el estío,
las lágrimas de amor que el hombre llora
del alma son rocío.*
*¡Bendito Tú, Señor, que tal mudanza
diste a la pena mía,
tornando en dulces horas de esperanza
mis horas de agonía!*
*En éxtasis divino arrebatado
crece mi ardiente anhelo
cada vez que contemplo embelesado
ese libro del cielo.*
*Leyendo lo que en él tu mano ha escrito
hora paso tras hora,
¡siento una sed ardiente de infinito
que el alma me devora!*
*¡Quién pudiera volar hasta esa esfera
de luz y de armonía!*
*¡un alma, un alma amante allí me espera
que hermana es de la mía!*
*Desde que ella voló, yo aquí cautivo
su ausencia estoy llorando;
¡nueve años hace que sin alma vivo
por ella suspiro!*
*A ti, callada tumba, a ti mi frente
macilenta se inclina
como el ave del páramo a la fuente
del agua cristalina!*
*¡Cuerpo, baja al sepulcro que te espera
como el mar a la nube!*
*¡Alma, remonta el vuelo a la alta esfera.,
¡sube a los cielos, sube!*

FEDERICO BALART.

(De la serie que obtuvo el segundo premio en nuestro Concurso de selecciones de poesías religiosas.)

Correo de América

Conferencia Anual Este de Sudamérica de la Iglesia Metodista Episcopal.

Esta Conferencia, que comprende ambas Repúblicas del Río de la Plata, Argentina y Uruguay, se celebró este año del 10 al 15 de Enero, en la ciudad de Buenos Aires.

Su mayor acontecimiento fué la actuación del obispo Dr. Guillermo F. Oldham, que la presidía por última vez, por tener que retirarse del trabajo activo del ministerio del Señor para jubilarse en su larga carrera eclesiástica, que ejerció en la India, Estados Unidos, y últimamente, durante doce años, en esta parte de América.

Nuestro amado obispo bien merecido tiene el descanso, a los setenta y tres años de edad, con su amable esposa, que lo acompaña desde su juventud.

En la tarde del Domingo de la Conferencia se le hizo, al obispo y señora, una gran recepción de despedida en un teatro, asistiendo los niños de las escuelas dominicales, y una concurrencia de mil quinientas personas.

Al mismo tiempo que la Conferencia anual, se reunía en la misma capital argentina la Conferencia electoral laica, que se convoca cada cuatro años, entre otros asuntos, para elegir el delegado laico a la Conferencia general que cada cuatrienio se celebra en los Estados Unidos.

Uno de los visitantes que fué presentado a la Conferencia es el Rdo. Teodoro Flidner, pastor de Madrid, que actualmente visita estas Repúblicas en viaje de excursión, esperando tener el placer de verlo por Montevideo a su regreso a la patria.

Este año es de reuniones evangélicas de concentración en varias partes del mundo. A fines de Febrero fué el Congreso de obreros cristianos en Jerusalem para donde partieron representantes de estas latitudes. En el mes de Marzo se reúne la Conferencia central en Panamá, y por último, la expresada Conferencia general que en Abril debe reunirse en Norteamérica.

¡Quiera Dios que este año sea de grandes beneficios para el conocimiento del Evangelio en todo el mundo y para que se realice la paz universal, que en estos tiempos de inquietudes y problemas es tan necesaria a todas las naciones!

La próxima Conferencia anual se acordó celebrarla a principios del año venidero en Córdoba, ciudad argentina.

MANUEL PUCH.

Montevideo, Febrero 15 de 1928.

Debemos temer el ofender a Dios; pero no debemos temer el confesar a Cristo.

Ayuntamiento de Madrid



CRÓNICA



SIGUE la prensa clerical arremetiendo en su campaña contra lo que ella llama «persecución de los católicos en Méjico», y que en realidad no es más que una cuestión de orden interior del país, que no ha regateado a nadie el libre ejercicio de su culto ¡Ojalá las minorías religiosas de otros pueblos gozaran de otro tanto!

En uno de los diarios de Madrid, de esa cuerda, hemos leído estos truculentos títulos, que nos han traído a la memoria los de los novelones de nuestros días de juventud: «Protesta de los católicos de Colonia contra la persecución en Méjico»; «Hay que formar en Europa una selección de católicos dispuestos a sacrificarse por la Iglesia», etc., etc. Pero es el caso que en la prensa liberal del mismo día, en que tales titulares se daban al público, leíamos otras que decían: «El clericalismo en Méjico»; «Se preparaba otro complot contra Calles». ¡Eh! ¿qué tal? ¡Bonita manera de seguir el consejo de San Pablo: «Amonesto que se hagan rogativas, oraciones, peticiones por los reyes y por todos los que están en eminencia»!

Vuelvan los clericales la oración por pasiva; miren a aquellos pueblos donde no gozan de libertad judíos, mahometanos, etc., y díganos si ellos abonarían el precepto evangélico: «Todo lo que quisieris que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos.» En las cosas de que ellos protestan ahora, más debieran ver aquello del sermón de la montaña: «Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará.» Y como todas estas citas son palabras de la Sagrada Escritura, no creemos que para ellos ni para nadie sean recusables ni dignas de censura, que a tanto equivaldría enmendar la plana a la Palabra de Dios.

Naturalmente, que en esto no hay más que una cuestión política, como pasa con la nueva campaña que están llevando a cabo en pro de la obligatoriedad de la enseñanza de la religión en Institutos y Universidades. Ello ha motivado al diario *El Liberal* un editorial con el título de «Política de Cuaresma. El exclusivismo de las cofradías», que no podemos resistirnos a dejar sin copiar, aunque lo que dice no sea para nosotros nada nuevo:

«No se nos van, como buenos catadores de noticias, las conferencias y mítines que se celebran por ahí fuera en defensa de la obligatoriedad de la religión en los Institutos, y con ánimo, naturalmente, de que se eche abajo esa ya inveterada conquista de la libertad universitaria. El

neísmo se mueve, reptar, trisca y colea a su sabor. No se da cuenta de que los tiempos, cada vez más espirituales y sensatos, huyen, sin embargo, de las concepciones dogmáticas en la enseñanza.

»Las Universidades españolas, adscritas, como los demás organismos nacionales, a la histórica tolerancia de cultos, que tantas veces ha querido ahogarse en la linfa ortodoxa de letanía y jaculatorias, guardan a la cátedra de Religión todos los respetos y preferencias tradicionales; pero no pueden imponerla ni sumarse a campañas de propaganda católica, ni señalar tibiezas de la fe desde la tribuna de las aulas, como se pide en esas reuniones provincianas, que de buena gana contrastaríamos con actos liberales de racional y patriótica respuesta, si dispusiéramos — y así lo esperamos — del mismo margen de discusión y de lucha.

»Serena y correctamente tenemos que solicitarlo, o al menos, procurarnos alguna aclaración que nos libre de dudas y de inquietudes. Los mítines y conferencias de la gendarmería católica, con el pretexto de mantener siempre vivas y palpitantes las brasas de la piedad y del amor a Dios, hacen labor política, se encaraman sin riesgo en la Constitución para escalarla, y saliéndose de los límites de la propaganda religiosa, lícita y humana, como cualquier otra que dependa de la conciencia, clavan sus tiendas de campaña en las afueras y disponen de hombres y de armamento, mientras el enemigo, que es la España liberal, grande y universalmente orientada, calla, porque no puede hablar como quisiera, y no dispone de más arma de combate que la esperanza, no sólo de desposarse de nuevo con una amplia libertad de pensamiento, atemperada, es claro, al derecho natural y a la ley escrita, sino de convencer a los mismos gobernantes de hoy de la precisión absoluta de restablecer la normalidad en un sentido de libre propaganda, que no es libertinaje ni abuso de soberanía popular, cuando la presiden el instinto ciudadano y los sentimientos de humanidad.

»A menudo tropezamos con hombres eminentes, que preconizan para la enseñanza universitaria una cátedra obligatoria de Teología, pero de alta Teología, ajena a la vieja y limitada de los seminarios, que satisfaga nuestras ansias espirituales y deje sentir a la juventud en sus horas de estudio las ondas filosóficas de todo el mundo.

»Lo que no se puede ni se debe hacer es fomentar el exclusivismo de las cofradías. Las religiones viven de su espíritu, de su simpatía, de su magnanimidad, de su pureza de concepciones, no de complicar a los Gobiernos en sus afanes y menos de pretender que las

leyes se enrosquen, vencidas, a sus pies.»

Es sensible que con todas estas cosas estemos volviendo a los días del Padre Claret y de Sor Patrocinio. Y todo, ¿por qué?... Por no estar resuelta aún la cuestión religiosa. Como buenos españoles, lamentamos estas cosas; pues queremos que España sea una España grande; y con toda sinceridad hacemos nuestros los deseos del jefe del Gobierno, expuestos al final de uno de sus discursos acerca del tratado reciente con Francia sobre Tán-ger:

«Yo, personalmente, estoy contento del resultado, y espero que lo coronará un acuerdo internacional más amplio, que hará figurar nuevamente el nombre de España en el concierto de las más grandes naciones, en el que mantendrá su característica de pueblo moderno, amante de la paz y del progreso.»

España es requerida para que vuelva a la Sociedad de Naciones. También lo deseamos nosotros. Pero queremos que si algún día surge (como ha surgido otras veces) el asunto de las minorías religiosas en otros países, España esté ya en posición de dar un alto ejemplo a todos y tomar una parte activa en las decisiones. Y confiamos en que esto será así, porque no puede ocultarse a persona de tan clara visión de todo, como el general Primo de Rivera, que no olvida que vivimos muy adentro ya del siglo XX, y que no quiera sea España una nota discordante en el concierto de los pueblos.

Y son legión los españoles que esto desean, y cuyo sentir está muy bien interpretado en las palabras con que termina otro artículo reciente del ya citado *Liberal*:

«Esta no es época de ateísmo ni de racionalismo siquiera. No hacen falta las rogativas. No hay escarnio, y por consiguiente, tampoco hay sacrificio. La libertad respeta todos los templos, y aun los protege. Y eso es lo que queremos: libertad para ellos y libertad para los demás.

»¿Se podría consentir que se enseñara la religión en muchos colegios españoles, a ras de tierra, vulgarmente, haciendo todo el daño posible? Pero a pesar de esto, nos ratificamos en nuestras invocaciones. Que todos vivan y profesen sin riesgo sus creencias; pero sin procesiones de la Buena Muerte ni Rosarios de la Aurora. Independencia espiritual. Independencia del Estado. ¡Libertad para ellos y libertad para los demás!»

DOMINGO DE RAMOS

Agente de ESPAÑA EVANGÉLICA
en el Uruguay:

D. MANUEL PUCH

Avenida de Gonzalo Ramírez, 1725.

MONTEVIDEO

Este número ha sido revisado por la censura.

Pastores que tomaron parte en ellas y nuevos miembros admitidos en la Iglesia.

ELÍAS B. MARQUÉS.

Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero o 1.º de Julio.

Ayuntamiento de Madrid



CAPÍTULO XVI

AMI BERTHELIER ENCUENTRA UN AMIGO.

No tardó en volver a abrirse la puerta de la choza, entrando por ella una mujer anciana, muy encorvada y llena de arrugas, con todo el cabello cano.

— Aquí tienes otro huésped, buena madre — le dijo Berthelier en la jerga saboyana; y dirigiéndose después a Norberto, en francés, idioma que empleaban antes de entrar la vieja, le dijo a media voz: — vive sola; a su marido le mataron en una batalla, su hijo pereció en una refriega con unos ladrones, y su nieto se ha marchado y no se sabe dónde para.

— ¡Ah!, es una linda señorita — murmuró la pobre anciana, percibiendo en la penumbra un traje de mujer; y aventando el rescoldo, avivó el fuego, añadiéndole un brazado de leña, y colocó encima un puchero.

— ¡Pobrecilla! — observó Berthelier —; puede decirse que es casi tan ignorante como tu caballo... y, a propósito, ¿dónde lo has dejado?

— Fuera, atado a un árbol. En la sorpresa de veros, lo había olvidado. ¿Qué voy a hacer con él?

— ¿Preguntas qué debes hacer con él? ¿Hay luna?

— Todavía no; saldrá a eso de media noche.

— Indudablemente el caballo estará cansado, y tú también, Norberto... pero, no obstante, te suplico que montes de nuevo esta misma noche, y vayas al galope a Ginebra.

— ¿A Ginebra? — exclamó Norberto, no pudiendo disimular el disgusto que le producía la mera idea.

— Si; a Ginebra.

— Pero si no sé el camino. Ayer he debido alejarme mucho de ella. ¿Dónde nos encontramos ahora, maese Berthelier?

— Muy cerca del Lago. Yo pensé regresar de Pregny a Ginebra por el agua, pero el malvado pescador que me conducía, me hizo desembarcar aquí. Sé que has debido alejarte mucho; pero en unas tres horas o más podrás llegar allá.

— Maese Berthelier, si veníais embarcado desde Pregny, ¿cómo pudieron robaros y heriros?

— Norberto, eres un muchacho prudente en muchas cosas; ¿no podrías darme la mayor prueba de prudencia, callando?

— Sí, señor.

— Pues entonces, calla. Es mi sincero deseo, y tal vez sea también el último que tenga, que nadie sepa cómo me hirieron, ni aun tú mismo; y te suplico que, si alguien te pregunta, digas solamente: «Cayó en manos de ladrones.»

— Comprendo. Pero os suplico, maese Berthelier, que no habléis de últimos deseos.

En este punto interrumpió la conversación la pobre anciana, que colocó delante de Ami una escudilla de madera, no muy limpia, en la cual vertió parte del contenido del *pot au feu*, una especie de potaje espeso, hecho de raíces, chirivías principalmente; y dándole una tosca cuchara de madera, le rogó que comiera, con la mejor voluntad posible. Después hizo señas a Norberto para que se acercase a la mesa, en cuyo centro había un hueco socavado que servía de fuente y plato a la vez, en el cual había vertido ya el resto del potaje, y le dió una cuchara, con lo cual la pobre mujer hizo cuanto estaba en sus manos para cumplir los deberes de la hospitalidad. El mancebo, por su parte, tenía demasiado apetito para no hacer los honores al convite, por humilde que fuese; y cuando consideró que había terminado, preguntó a su anfitriona si habría también algo para su caballo.

Asintió la anciana, y como tenía la idea de que los caballos de los ricos debían comer lo mismo que comían los cristianos pobres, Norberto pudo llevar a su palafren una ración equivalente al amasijo caliente de un mozo de cuadras moderno. Después lo ató a un poste próximo a la choza, a fin de que pasara allí la noche.

Mientras Norberto cuidaba de su caballo, Berthelier explicó a la anciana Babet que el muchacho procedía de Ginebra, que era amigo suyo y se había vestido de mujer para correr una broma; pero que él pensaba prestarle su ropa para que pudiera marcharse y decir a su familia dónde estaba, a fin de que enviaran a buscarle.

Babet era muy torpe, muy ignorante; pero en su alma, tan poco iluminada, había un orificio pequeño, por el cual pasaba un rayo de luz. Era bondadosa, y procuraba poner en práctica sus bondades. No podía ver una necesidad o un dolor sin hacer, al menos, un esfuerzo para socorrerlo o endulzarlo. Tenía una idea muy vaga de quiénes eran sus huéspedes, y aunque hubieran intentado explicárselo, no lo habría entendido; pero entendía

perfectamente que tenían hambre, y les dió de comer; que estaban cansados, y les ofreció descanso.

Norberto lo estaba de verdad, y dijo a Berthelier que si partía para Ginebra cuando saliera la luna, a media noche, era probable que la fatiga le hiciera caer del caballo. Además, aun suponiendo que llegara allá sano y salvo, sería inútil, por ser demasiado temprano para poder hacer algo, y, sobre todo, el caballo había perdido una herradura.

Esta última consideración fué la decisiva, diciendo Berthelier a Norberto que durmiera hasta rayar el alba, que él lo despertaría entonces y podría llevar el palafren a un herradero, que no estaba distante, partiendo directamente desde allí a Ginebra.

— Cuando te marches — añadió —, te daré un encargo para los sindicatos. Es preciso que los veas inmediatamente.

Babet dispuso la choza para pasar la noche, enseñando a Norberto un rincón abrigado donde podía dormir, y éste, antes de acostarse, preguntó a Berthelier si podía hacer algo para que estuviese más cómodo, o cambiarle el vendaje de la herida.

— No — dijo el anciano —; no necesito más cirujano que Babet. Te agradecería, sin embargo, que me trajeras un poco de agua limpia del arroyo que pasa cerca de esta choza, y la dejaras aquí, a mi lado.

Norberto obedeció y después se acostó, cubriéndose con el traje adornado de pieles de Gabriela; pero apenas si, a su parecer, había pasado un momento, cuando sintió que le llamaban. Púsose en pie de un salto, se restregó los ojos, miró en torno suyo, y se sintió dispuesto para ir donde lo enviara su destino.

Aunque Berthelier quería prestarle su ropa, reflexionando bien sobre el caso, Norberto creyó prudente conservar la que llevaba puesta, pensando que su amigo podría verse en dificultad, y quizá en peligro, si quedaba carente de ella. Él había de llegar muy temprano a la ciudad, podía ir directamente a su casa y cambiar de traje, sin que nadie lo viese, excepción hecha del centinela. También aseguró al anciano que le enviaría auxilio lo antes posible.

— Eso es lo de menos — fué la respuesta —; no quiero que nadie se exponga; pero, agáchate a fin de que puedas oír el mensaje que debes llevar a los sindicatos.

No había temor de que alguien pudiera oírle, puesto que la anciana Babet dormía profundamente al otro extremo de la choza; pero Berthelier habló muy quedo al oído de Norberto, tal vez para no gastar su propia voz, o quizá porque se avergonzaba amargamente del relato que debía hacer, y del nombre que llevaba, nombre de que hasta entonces se había sentido muy orgulloso. Si alguien hubiese podido escuchar, habría cogido, quizá al vuelo, los nombres de Filiberto, Daniel, Comparet, Hubert D'Audriol, una mención del Obispado y una alusión a los barque-

ros y a sus molestas y fuertes espadas.

— Has comprendido, ¿verdad, hijo mío? ¿Y te acordarás? — preguntó Berthelie, lleno de ansiedad, al terminar el relato.

— Confiad en mí, señor — dijo Norberto muy impresionado —. La cosa es demasiado extraña y terrible para olvidarla, especialmente si el que la oye es un emigrado francés e hijo de uno que es ahora ciudadano ginebrino.

— Estoy entregando a Daniel al verdugo — dijo Berthelie con emoción —, aunque por nuestras venas circula la misma sangre. ¿Puede sorprenderte ahora, que no tenga gran deseo de volver a mi casa y de que no me doliera mucho hallar la muerte aquí?

— No debéis hablar así, señor Berthelie; pensad en la señorita Gabriela.

— En ella pienso precisamente. Después de esto sería mejor que se llamase Gabriela u Olivia de Castelar, que al fin y al cabo es su legítimo nombre. Pero ahora debemos pensar en... Ginebra. ¿Lo comprendes todo? No hay que perder un momento. Irás directamente a los sindicatos y al Consejo, y les referirás lo que te he dicho, palabra por palabra.

— Confiad en mí, señor. Y aquí tenéis tres escudos, vuestros también, que había en la escarcela de la señorita. Tomadlo, puesto que este dinero menudo será suficiente para pagar al herrador y comprar un poco de pan por el camino.

— Gracias, Norberto; me alegro de poder dar algo a la anciana Babet. Vete, y que Dios te acompañe. ¡Adiós!

— Adiós no, porque volveré — se dijo a sí mismo Norberto al salir.

(Continuará.)



(Continuación de Esfuerzo Cristiano.)

Sociedades infantiles.

Hablad verdad.

Dom., 25 de Marzo.

Ex., 20, 16;
Sal. 15.

De Dios dice la Escritura que es *Dios de verdad*, para enseñarnos que aborrece todo lo que sea falsedad, engaño, fraude y fingimiento.

Nosotros también debemos aborrecer lo que Dios aborrece, como debemos amar lo que Dios ama: la verdad, la justicia, la lealtad, la sinceridad. El niño debe acostumbrarse a decir siempre la verdad, procurando no incurrir, si le es posible, ni aun en equivocaciones involuntarias. El niño debe comprender que, si miente, se acostumbra a la falsedad y a la hipocresía, defectos que deben serle abominables. Así como no nos gustaría que nos engañasen, no debe gustarnos engañar a nuestros prójimos.

Agente de ESPAÑA EVANGÉLICA
en Portugal.

JOAQUÍN SOUZA FIGUEIREDO

RUA REQUEZENDE, 194. — OPORTO

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Consecuencias históricas y sociales de la Reforma

por

D. Jaime Torrubiano y Ripoll.

Acaba de publicarse, en un folleto de 40 páginas, la instructiva y elocuente conferencia dada por D. Jaime Torrubiano en la velada conmemorativa de la Reforma que la Unión Cristiana de Jóvenes de Madrid organizó en Noviembre del año pasado.

El Sr. Torrubiano cuenta con numerosos amigos en el campo evangélico, que siguen con interés y simpatía sus nobles campañas. Su reconocida autoridad en estudios teológicos; su singular posición dentro de la Iglesia de Roma; su bien probado amor a la libertad religiosa, dan un valor especial al estudio que en esta conferencia hace de la Reforma del siglo XVI.

Dadas las convicciones del orador, es inevitable que no siempre podamos andar de acuerdo con él. Lo encontramos tal vez un poco parcial en el juicio que hace de los reformadores. Pero precisamente porque encuentra graves defectos en aquellos campeones, busca la explicación de éxito indiscutible de la Reforma y de sus resultados beneficiosos en su propia virtualidad e intensa fecundidad.

De sumo interés para los lectores protestantes es observar cómo se demuestra en estas páginas la futilidad de dos argumentos que han gozado de gran reputación: el de Balmes y el de Bossuet.

El Sr. Torrubiano afirma que «la Reforma debió su fecundidad a la doctrina cristiana que había civilizado a Europa», que tiene un principio fundamental para el progreso de los pueblos: el principio de la libertad cristiana. «Quitó de las almas los grilletes opresores y permitió que obrase en ellas con toda su fecundidad el ideal cristiano encendido en los quince anteriores siglos de la Iglesia.»

El Sr. Torrubiano pertenece a esa selecta minoría dentro del Catolicismo romano, que acaricia todavía (y suponemos que la última encíclica de Pío XI no le ha hecho cambiar de actitud) el sueño dorado de una unión fraternal de todas las Iglesias cristianas. «La unidad saludable de la cristiandad entera bajo el cetro suavísimo de Cristo Rey»; aunque como habrá de realizarse tal unidad mientras Roma mantenga sus actuales pretensiones, tan radicalmente irreconciliables con aquel gran principio de la libertad cristiana que la Reforma sacó triunfante, es difícil ver.

Recomendamos cordialmente este folleto del Sr. Torrubiano a nuestros lectores evangélicos y más todavía a los católicos romanos de espíritu investigador y amantes de la verdad.

Puede adquirirse, al precio de **cincuenta céntimos** de peseta, dirigiéndose a la

Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID

Teléfono 17.933.

Escuela Dominical

Revista: Jesús proclama el Reino de Dios.

25 de Marzo.

TEXTO ÁUREO: *Y rodeaba Jesús por todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el Evangelio del Reino, y sanando toda enfermedad y todo achaque en el pueblo.* — Mat., 9, 35.

Hemos dedicado tres meses al estudio de la vida de Nuestro Señor, según está relatada, rápida, pero gráficamente, por Marcos el evangelista, que, según la tradición, recogió de los labios de Pedro el relato de los hechos más salientes en la vida pública de su Maestro divino.

Hemos visto a Jesús en el Jordán bautizado por Juan, y al «cumplir así toda justicia», recibir del Padre el testimonio de su eterna complacencia.

Lo hemos visto sanando enfermos a millares, para demostrar la simpatía divina hacia los que sufren y el poder sanador del Evangelio.

Lo hemos visto como «amigo de pecadores», que no ha venido a llamar a los que se creen justos, sino a los que se dan cuenta de la plaga de su corazón y de la enfermedad de su alma. Y hemos visto que para éstos tiene en sus labios la dulce palabra del perdón.

Hemos visto a Jesús dando un sentido nuevo y espiritual a la Ley divina. No ha venido para abrogarla, sino para cumplirla, para completarla, elevándola a su más alto sentido.

Hemos visto a Jesús en lo más álgido de su popularidad. Las muchedumbres le rodean por dondequiera que va. No le dejan punto de reposo. No puede ni aun comer tranquilamente.

Pero lo hemos visto también mal comprendido, calumniado y aborrecido. Sus mismos hermanos no creen en Él. Quieren llevárselo a casa y encerrarlo, porque dicen que «está fuera de sí». No pueden comprender su entrega completa al servicio de Dios y a la salvación de los hombres. Y sus enemigos dicen que está en alianza con Belzebub, el príncipe de los demonios.

Hemos visto a Jesús enseñando por parábolas desde la barca de Pedro a la multitud sentada en la ribera. Parábolas llenas de vida y de enseñanza; claras, interesantes, inolvidables.

Y hemos visto a Jesús escogiendo a los que han de llevar por el mundo la Buena Nueva cuando Él haya vuelto a la gloria de su Padre. Hombres «sin letras e ignorantes», de ideas muy materiales acerca del Mesías y de su Reino, pero hombres que, a excepción del traidor, amaban de veras a su Señor, y cuando recibieron el Espíritu Santo, después de la ascensión de Cristo, estuvieron capacitados para enseñar a otros lo que habían visto con sus ojos, lo que habían oído con sus oídos y lo que habían palpado sus manos tocante al Verbo de vida.

Y así hemos visto, en estas breves páginas de Marcos, cómo ha echado Nuestro Señor los fundamentos de su Obra imperecedera de salvación.

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA.
CERVANTES, 28, MADRID